



Meditación Síntesis
por Julián Peragón

*mehdi-sepehri-
cX0Yxw38cx8-
unsplash*

Meditación de la Impermanencia

Como los seres y los enseres viajamos todos juntos en el mismo tren del tiempo, creemos en la fijeza de las cosas y nos movemos ingenuamente en un mapa mental consensuado donde todo está esperándonos en una quietud de estatua aburrida. Pero en realidad, nada ni nadie permanece ni un segundo quieto, ni la piedra que tenemos delante, ni las estrellas lejanas, mal llamadas estrellas fijas.

Confundimos nuestra percepción veloz del mundo con la danza silenciosa de la Realidad. Todo está en movimiento, desde las partículas subatómicas hasta los cúmulos de galaxias. Y hasta en el ámbito que tenemos más cercano, el cambio es la única realidad. Nos lo recordaba Heráclito: "nadie se baña dos veces en el mismo río", porque el río siempre fluye con agua renovada y el árbol verdea o amarillea al compás de las estaciones. Lastimosamente las categorías de nuestro lenguaje, a golpe de sustantivo, cosifican el mundo. Deberíamos utilizar sólo verbos para indicar que todo es interacción.

Creemos que hay una sustancia compacta en cada entidad cuando, en verdad, una observación más profunda nos dice que los fenómenos no existen independientemente del *continuum* de la realidad. El reflejo plateado en la placidez del lago nocturno no sería sin la luna que baila como un espejo delante del sol.

La sensación de solidez y permanencia alrededor nuestro es ilusoria. Insistimos en esa creencia porque nuestra percepción es superficial y dispersa. Nos miramos brevemente en el espejo atendiendo al peinado, a la vestimenta o al maquillaje pero nos asusta mirarnos en la profundidad del paso del tiempo.

Nuestra mente está en ebullición y nuestras emociones suben y bajan como en una montaña rusa. Las cosas que poseemos se gastan, se rompen o se pierden. Las relaciones nos enamoran para luego desilusionarnos o aburrirnos hasta que volvemos a remontarnos en un deseo renovado. Y parece que la realidad se oponga diametralmente a nuestra voluntad que no nos secunda. Nada es lo que parece y hasta la promesa más sólida, con el tiempo se derrite como un iceberg a la deriva.

Cuando, por fin, logramos con tanto esfuerzo nuestros objetivos más anhelados, nos damos cuenta que ya no somos los mismos que iniciamos el proyecto y tampoco el logro brilla de la misma manera. La permanencia que buscamos a menudo desesperadamente se descubre inmadura e irreal fruto de una necesidad de seguridad que, tarde o temprano, deviene falsa o incompleta.

Lo tenemos delante de nuestros ojos, nacemos, crecemos y morimos, y nos hace sufrir lo que es consustancial a la vida, enfermarse, envejecer y desaparecer, hasta el punto que fantaseamos con escapar de la muerte milagrosamente o quedar a la espera de que una nueva técnica de biotecnología desactive la programación mortal de nuestras células.

La impermanencia es lo único real. No es tampoco una impermanencia ciega porque hay ritmos y procesos que se repiten pero dentro de un cambio perpetuo. Si no existiera la impermanencia perderíamos el alma del asombro, la belleza de la transitoriedad, la nostalgia dulce de lo que ha acontecido y la certeza liberadora de lo inevitable.

Om Shanti